

Historia patria

■ Nos enorgullecemos, y con razón, de ser un país de historiadores. Desde Barros Arana hasta Encina, son muchos los talentos que han mirado nuestro pasado, han investigado en él y lo han interpretado entregando obras de un valor que excede, las más de las veces, a las ciencias sociales e históricas, para convertirse en relevantes piezas literarias. A nadie extraño, por eso mismo, que a Encina se le asignara el Premio Nacional de Literatura.

Con todo, la historia patria no ha logrado traspasar en una forma integral la sensibilidad popular. Sea porque la calidad de nuestros historiadores hace que sus obras no sean de fácil acceso a todo tipo de lector, sea porque los panegiristas de nuestros héroes o de nuestras epopeyas marciales o navales, impregnan a personajes y hechos históricos de una petrificada grandiosidad, el hecho es que nuestra historia patria nos resulta, a veces, lejana y solemne. El niño y el hombre de hoy no parecen reconocer el puente que une al pasado con el presente. La historia patria está ahí, inmutable, como lo están las estatuas.

Creo que pecamos de exceso de respeto; que evitamos por temor al sacrilegio, que las nuevas generaciones recompongan libremente los trazos que siguieron sus antecesores para dibujar ese gran friso que es nuestra historia. Con ello, creamos la inmovilidad y la distancia.

Porque si son muchos y excelsos nuestros historiadores, son pocos los hombres de letras que han hurgado en nuestro pasado para recomponer y exhibir la intensa vida que se esconde tras la historia. Enrique Bunster fue uno de esos escritores. Sus novelas y sus cuentos logran darnos la intimidad de una época y, al hacerlo, nos reconocemos en ella. Jorge Inostroza fue otro. Su "Adiós al Séptimo de Línea", en su versión radial y luego en forma de libro, ha hecho más para que comprendamos la Guerra del Pacífico que cientos de discursos épicos, homenajes multitudinarios, estatuas y cuadros inspirados en una prefijada historia patria.

Otro autor, injustamente menos divulgado. Edmundo Vega Miquel, con sus novelas históricas "¿Que vienen los montoneros?" y "Cuarenta y nueve prisioneros" ahonda en esa veta de redescubrir la vida que se esconde en nuestro pasado histórico. Vega aún no ha encontrado un editor para su libro "Historias cortas de un país largo", que sería una estimulante lectura para el estudiante y el es-

tudioso que quiera compenetrarse de las pasiones, intrigas y sainetes que poblaron nuestra vida colonial.

Los intentos que nuestro teatro ha hecho en esa dirección son escasos, pero importantes. A los dos "O'Higgins", el de Orrego Vicuña y Debesa, que mantienen la solemnidad acartonada que se le ha asignado a nuestro héroe máximo, se contraponen la humanidad de un "Fuerte Bulnes", de María Asunción Requena y de "Rancagua", aún en cartelera, de Fernando Cuadra.

¿Se podría hacer algo en el campo de la educación plástica para que el estudiante traspase el mármol con que está recubierta nuestra historia? Una carta que he recibido hace pocos días de una amiga colombiana, insinúa una respuesta a esta interrogante. Ella me dice:

"Algún día se me ocurrió enseñarle a los niños a "hacer" historia patria. Pensé que ésta era una bella e inolvidable manera de recordar siempre los acontecimientos históricos. Dividí la historia en los principales acontecimientos desde nuestros aborígenes hasta la batalla de la Independencia. Les contaba los episodios mientras con sus manitas modelaban en plastilina cada personaje, cada detalle, cada acontecimiento histórico. Cuando los niños desbordaron su imaginación, la historia de Colombia tomó vida y se llenó de color y de vida".

¿No hay aquí una veta intransitada?

Creo que, de cualquiera manera, hay que incitar a perderle el respeto a nuestros héroes para que podamos quererlos y comprenderlos más. Bajarlos de los pedestales de las estatuas, desinmovilizarlos de sus actitudes grandiosas y despojarlos de sus "frases célebres", para convertirlos en los seres humanos que fueron. Así, sólo así, su ejemplo podrá ser fecundador.

De niño, hubo una cosa que me ha quedado grabada del relato del Combate Naval de Iquique. Era lo que más me impresionaba. No el salto de Prat a la cubierta del Huáscar, no la Esmeralda hundiéndose lentamente con la bandera chilena al tope, sino esa pregunta que hace Prat antes de iniciar su holocausto: "¿Ha almorzado la gente?"

Porque que los héroes almorzarán, eso sí me acercaba a ellos, eso sí era una experiencia compartida y, partiendo de ella, mi imaginación infantil me hacía pensar que también yo, llegado el caso, podría saltar sable en mano a la cubierta de una nave enemiga.